LIBRO III

EL HEROE DE LA INTERVENCION FRANCESA

Res gerere, et captos ostendere civibus hostes,
Attingit solium Jovis et cælestia tentat.
Principíbus placuisse non ultima laus est,
Non cuivis homini contingit adire Corinthum.

Quien, triunfante en la lid, á los contrarios
Conduce á la ciudad hechos cautivos,
Goza una dicha celestial que eleva
Hasta el solio de Júpiter Olímpico;
Que no es pequeña gloria de los héroes
Recibir galardón y distintivo,
Ni todos los mortales consiguieron
Arribar triunfadores á Corinto.

HORACIO--*Ep. XVII. Lib I.*

¡Qué placer, qué placer tan grande experimentaría Platón, cuando Dion, al salir de conversar con él, hizo velas hacia Sicilia para derribar á Dionisio y restablecer la libertad! ¡Qué gozo inundaría el corazón de Aristóteles, cuando tras de haber visto el suelo patrio cubierto de ruinas, tuvo la felicidad de verlas levantarse, haciendo volver á sus conciudadanos. ¡Cuán dichosos Teofrasto y Fidias, que lograron exterminar los tiranos de su patria!

PLUTARCO.—*Moralia. Vol. IV.*

CAPITULO I.

Paginas Negras.—Guerra Civil y Traicion.—Herencia de Augusto.—Lo que Intentaba Luis Napoleon.—El Programa de un Despota.—Despotismo y Progreso.—Diversiones Fastuosas.—Entusiasmo en Francia.—Los Extranjeros en Mejico.—Deslealtad Francesa.—Marquez y la Intervencion.—Los Caudillos Conservadores, los Fanaticos, los Aristocratas y los Guerrilleros Traidores.—Tipos Militares.—Historiadores Mejicanos.—Corrupcion y Deslumbramiento.

En llegando á este punto de nuestro trabajo, en que ya los partidos políticos se transforman, se alejan, por decirlo así, y entre ellos dejan correr, profundo é invadeable, el río de la discordia, ennegrecidas sus aguas por el más grande de los crímenes que puedan cometer los pueblos—la traición á la patria—de buen grado dejaríamos la pluma de Suetonio por la de Eutropio, limitándonos á narrar hechos, sin comentarios, sin inquirir la filosofía de los mismos.

No se pueden repasar esas páginas sin angustia. La guerra civil es terrible por su propia virtud; pero cuando uno de los partidos contendientes llega al paroxismo, y anhelante, enloquecido, resuelto á triunfar á toda costa, se arroja en brazos del extranjero, el espetáculo es tan abominable, como lo sería el de una boca, rabiosa por morder los *pies* del cuerpo de que forma parte; á tiempo que los

pies se esforzaran por patear esa *boca*. El odio es ya rabia: todo desmán, toda crueldad, toda infamia en condiciones semejantes, se explica y se comprende sin esfuerzo.

¡Y los sufrimientos del partido leal, menos aguijoneado, merced al carácter pasivo que naturalmente asume! No ha mucho escuchamos narrar á un médico, insigne alienista y nevrologista, de universal fama, el hecho siguiente: dos jóvenes, de buena familia, tuvieron la desgracia de nacer unidas, como las célebres gemelas estudiadas por Büchner. Fueron entregadas desde la infancia, al cuidado de una familia humilde. La una fué hermosa, opulenta de formas y de caracter jovial, alegre y bullanguero; la otra desmedrada, raquítica, melancólica. Llega la primavera de la vida: las pasiones se despiertan: unas, en nidos, como las aves; otras, bajo costras ateridas, en resquicios de rocas, como serpientes. La "parte hermosa" de aquel conjunto inarmónico, ama....., ama con pasión, con locura. No hay freno, ni obstáculo que la detenga: es una naturaleza doble, que se impone con furia demoniaca. La resistencia fué sublime: llegó el pudor á transformarse en encono: *¡la guerra civil!*—Ya triunfaba la virtud, el espíritu del mal se aquietaba, cedía; pero, *no cedia*; en verdad, *tramaba* la ruina, el crimen, LA TRAICION.—¡En un cuerpo manchado por la lujuria, cargó "dos horas" el cadáver de su hermana; y luego, la acompañó á la tumba!.....

La herencia de Augusto fué Tiberio; la herencia de las Revoluciones fué un Emperador.—Esto pasó en Roma; en Méjico aconteció lo mismo. Quiso la fortuna deparar-nos un intermedio glorioso, un intermedio en que parecía haberse alcanzado el fruto de inmensos afanes y enormes sacrificios. Los salvadores de la patria habían llegado con sus lares y penates al Capitolio; el pueblo les aclamaba, la Nación les bendecía—¿qué más?—¡en el CERRO DE LAS CAMPANAS habíase consumado una expiación secular que estremeció al mundo!

La República buscaba asiento, un punto sólido donde clavar su estandarte. Fué nada más un instante de reposo, de esperanza, de deslumbramiento. Nuevamente los

clarines tocan á degüello, se descuelgan las espadas, salen al campo los combatientes, enciéndese la guerra civil, y la sangre mejicana corre en campos y ciudades, en la encrucijada y en el muro, en la arena de la lucha y en el cadalso. Fué una recaída fatal, fué la simiente maldita, que germinaba: la REVOLUCION, ahita de paz y orden, que de su entraña fétida abortaba la AUTOCRACIA.....—¡La AUTOCRACIA! ¡daciana excecrable que estropea y mutila el honor de los hombres, para venderlos más tarde como esclavos!....

La bancarrota, como es de presumirse, habíase convertido en fiel compañera de todos los gobiernos que precedieron al triunfo de la Reforma. Así es que le cayó á Juárez, como legado fatal, á tiempo de hacerse cargo de la Presidencia, cuando triunfante su causa, fué elevado á tan alto puesto por el voto de sus conciudadanos.

Inútil para nuestro propósito sería investigar, catalogando, las diversas causas que casionaron la intervención francesa.

Hojeando escritos sobre la materia, y repasando opiniones, causa extrañeza ver cuánto trabajo se imponen los historiógrafos, para descubrir, "analizando," lo que de bulto se ofrece á la vista.—¿Sabía, ó no, Napoleón III, lo que acontecía en Méjico? ¿Estaba al tanto de las maquinaciones del Duque de Morny? ¿Sabía Morny lo que en Méjico pasaba? ¿Quién sabía y quién ignoraba que las reclamaciones de Jecker, (y en parte las demás), eran fraudulentas?

No sería difícil producir autoridades para sostener la tesis, de que Luis Napoleón se hallaba bien poco informado, sobre todo en detalle, de cuanto ocurría en Méjico. Conversaciones de boudoir, *in toro*, habíanle sin duda impresionado, quizás despertado habían en él interés acerca de la empresa transmarina, que al principio debió haberle parecido fabulosa y ridícula, gracias á su *gross bon sens*, que nadie puede disputarle con justicia. Es posible que al escuchar las primeras insinuaciones, sintiera el escozor de un recuerdo: el de las bombas Orsini.

Había en él, sin embargo, un deseo fantástico, á fuer de FILS A PAPA, de escuchar el repiqueteo de los aplausos

del mundo, y el cual, por su propia naturaleza, le obligaba á converger, instintivamente, hacia el polo magnético de la gloria militar. Así lo había probado, muy joven todavía, defendiendo en Italia la causa de la libertad con los *Carbonari;* y en Rusia, convirtiéndose en campeón católico y cruzado en una campaña casi religiosa. Después hizo en Italia, más que una campaña, la realización de un sueño, el fantástico sueño de Cavour y Victor Emmanuel. Sin embargo, todo esto lo efectuó con miras secundarias; pero no bastante profundas para engañar á los estadistas del Continente. Había estudiado los planes atrevidos y soberbios de su ilustre tío; más, en vísperas del golpe de Estado, pretendiéndolo ó no, se hacía justicia. Nunca sería él más que Luis Napoleón; llegaría, como llegó, á ganarse el título de tirano, déspota despreciable y criminal, pero nunca figuraría entre los Césares. Las almas napoleónicas nó reincarnan en una misma familia. Se heredan los bienes; pero nó las facultades mentales; al menos con arreglo á inventario.

Luis Napoleón cojeaba, no pobía marchar erecto por la senda áspera que treparon los Césares conquistadores del mundo. No podía llevar las águilas francesas á Egipto y Siria, como Bonaparte, ni las romanas de la Galia y Alejandría, como el vencedor de Pompeyo; ni como Alejandro lamentaría no poder transportarse á otros mundos para conquistarlos, viendo que este "se le acababa," (á pesar de que, según la frase candorosa de Justino, era "suficientemente grande para dar morada á todos los dioses"), así es que, si las consecuencias del 2 de Diciembre no lo hubieran compelido á obrar casi por inercia, quizás se hubiese satisfecho con las palmas de Magenta y Solferino.

Pero eso, por lo que mira á la gloria en abstracto; concretando, su excelente buen sentido (que le grangeó merecida reputación de cauto y entendido diplomático en Europa), hacía tiempo le había enseñado una lección que instintivamente aprenden todos los tiranos, es á saber: "DIVIERTE AL PUEBLO." Los romanos digeron: "PAN Y CIRCO," que en el fondo viene á ser la misma cosa.

Napoleón tomaba la conquista de Méjico—sin profundizar detalles ni consecuencias—por lo que en sí valía, conforme á su criterio, y á las circunstancias. Nunca pudo haber creído en el éxito final de la loca empresa; se embarcaba en una operación fraudulenta con miras y fines personales. Sacrificar soldados y dineros del tesoro, á trueque de acallar las discenciones interiores—la revuelta—ha sido un medio trillado de los déspotas. Y por eso cuando lo que creyó paseo militar, resultó guerra sangrienta y difícil, solo pensó en salir de ella lo mejor librado posible, aun con mengua del honor francés. A esto sí que consagró toda la astucia y maña de que podía disponer; y así se comprende que la obra maestra de la Intervención, haya sido "la retirada." Lo fué hasta á juicio de los mismos americanos, de quienes se burló donosamente. (*)

El pueblo francés nunca podía perdonar á Napoleón III el 2 de Diciembre, ni sus actos de barbarie y tiranía subsecuentes; pero él conocía bien á sus compatriotas y no ignoraba cómo deslumbrarlos con cascabeles y sonajas.

Al revés de lo que hubieran creído los Bossuets de pacotilla, el "GRAN CRIMEN" no atrajo sobre él ni sobre Francia, la cólera celeste; sino el "progreso material" (†)

La antigua *Cite* sufrió una transformación instantánea, barrios enteros se demolieron elevándose suntuosas mansiones de sus amontonadas ruinas. El bajo Sena se pobló de elegantes edificios, y hasta el estratificado barrio de St. German, refugio de la aristocracia rancia y orleanista—de que eran cabeza los duques reconciliados de Chambord y de Nemours—sintió el influjo de la oleada vivificante que manaba de los resquicios del trono. Porque Napoleón III,

Véanse las interesantes RECTIFICACIONES HISTORICAS, por el Sr. Fernando Iglesias Calderón, señaladamente su último libro intitulado: EL EGOISMO NORTE-AMERICANO.

---Uno de los primeros actos de Napoleón III, después del golpe de Estado, fué hacer que su legislatura votara 80.000.000 de francos para obras materiales, á fin de dar en qué entretenerse á las clases trabajadoras. Tras esta sabia providencia, y antes de dar "trabajo y en qué pensar á su Ejército," hizo el triunfal *tour de France*, y en todas partes fué recibido con júbilo y aclamado; lo cual prueba cuánto más dispuestos se hallan siempre los hombres á aclamar tiranos, que á combatirlos. La masa patriótica es tan ciega como una bola de billar.

tirano de buena cepa, fué muy partidario del progreso material, como un calmante enérgico y saludable para el pueblo.

Y ¿fué eso todo?—Nó, por cierto. La literatura floreció bajo su cetro: la literatura aristocrática. Mientras Villemin, Hugo, Guizot y Quinet maldecían al Tirano desde el extranjero, la encantadora Mme. de Nervile, abría sus salones á la aristocracia del genio. Por los regios salones, pasaron derramando flores á los pies de la linajuda patricia, Octavio Feuillet, Dumas, hijo, los hermanos Goncor, Tourgeneff, Augusto Vacquerie, el Conde de Haussonville, Sully Prudhomme, Edmundo de Amicis, Paul Hervien, el mismo Victor Hugo, (antes y después de su destierro), y cuantos poetas, pintores, hombres de ciencia y de teatro, buscaban en Paris la consagración de su genio. Apenas coronado Emperador, devolvió su empleo al cantor de *Les Nuits*, y le hizo nombrar miembro de la Academia.

A pesar de sus derroches aparentes, hubo siempre cálculo en ellos, esto es, poseía el secreto de "la economía en el despilfarro;" por eso ni en las guerras de Rusia é Italia, ni en el sostenimiento del trono, ni en los derroches arquitectónicos conque daba trabajo al pueblo, perdió nunca de vista el estado del Tesoro Público. El Imperio, con sus guerras y todo, era extremadamente económico, comparado con el de Napoleón el Grande y aun con el ANTIGUO REGIMEN. No podía echar en olvido que Necker y Colonne, llevaron de la mano á Luis XVI á la guillotina, á la vez que festejaban las aventuras galantes de Versalles y los encantos de la vida campestre en Trianón. Si bien compraba..... 30.000 francos anuales de condescencia á sus Senadores, y 15.000 á sus diputados, era este un gasto necesario—é inferior al de los 5.000 caballos de las cuadras de Luis XV. Además, "comprar" el silencio y la aquiescencia, es menos despótico que "imponerlos," como otros lo hacen.

Aunque no menos fascinado que el resto de sus súbditos, con el "ritmo ambulatorio" de su bella consorte, la condesa de Montijo, no puede en rigor afirmarse de él, como de Luis XVI, que "en toda su política exterior tropezaba siempre con la intriga conyugal"—DANS TOUTE SA POLITIQUE EXTERIEURE, TROUVE POUR ENTRAVE LE RETS CONJUGAL—nó; Eugenia no fué ni un obstáculo ni una sirena peligrosa para la realización de los planes del déspota francés; y al prestar éste oído á las confidencias políticas de la Emperatriz, sobre asuntos de Méjico ó de Roma, no la escuchaba á ella: se escuchaba á sí mismo.

Resumiendo: Napoleón emprendió, nó la conquista de Méjico, sino la conquista de nueva y fácil gloria (según lo imaginaba) para las armas francesas, en aventuras que él juzgó servirían para deslumbrar á sus súditos. Las reclamaciones propias y las agenas, así como los intereses de su ministro y cómplice, Mr. de Morny, con más la influencia en la Corte (ante Eugenia) del elemento intervencionista mejicano, no pueden ser considerados como "causas determinantes," "esenciales," de los acontecimientos posteriores.

Luis Napoleón le proporcionaba á Paris—la fiera terrible del 13 y 14 de Julio de 1789—una diversión de gran brillo, que sólo sería opacado, si acaso, por el que arrojara á todos los vientos el GRAN CERTAMEN INDUSTRIAL, á que habían sido invitadas todas las naciones civilizadas del mundo.—Napoleón le daba á Paris un manjar antiguo, pero condimentado al gusto del pueblo galicano; es á saber: GLORIA Y CIRCO. Si á la postre el programa se desarregló un tanto, prueba tan sólo lo deleznable de los propósitos humanos.

A juicio nuestro, no hay la menor duda que Napoleón III fué el *unico* responsable de la intervención, á pesar de su ignorancia de los "detalles" que los interesados partidarios de ésta aducían como justificantes. Napoleón no hizo la guerra á Méjico nada más por satisfacer á los conservadores residentes en París, ni con el objeto exclusivo de ayudar á su ministro y otros personajes del Imperio, en especulaciones groseras y criminales; ni cedió á *todo*, hechizado por las insinuaciones de Eugenia; ni siquiera pudo decidirlo la sola esperanza de obtener, en pago de su ayuda, una porción de territorio mejicano—nó para poseerlo pacíficamente, sino con el fin "altruista" de "contener el avance de los anglo-sajones en nuestro Continente." La verdad